

PRÓLOGO

Quienes han sido colaboradores, colegas, discípulos y aun maestros de Carmen Saralegui han querido dejar en este volumen constancia de su reconocimiento ahora que se inicia para ella una nueva etapa. Constituirían tal vez estos trabajos por sí mismos –nuestro modo de expresión más propio– una manera sencilla de manifestar el aprecio que nos mueve hacia la compañera, maestra e incluso discípula. Más complejo resulta, sin embargo, explicar los motivos de un afecto que nace –nos hacemos eco de su voz– como una especie de resultado natural de la convivencia y de sus circunstancias. De cualquier manera, es ese mismo afecto el que nos lleva a intentarlo y a querer hacerlo precisamente con la letra lejana, pero viva, de quien ha inspirado algunas de sus reflexiones más profundas y certeras.

Según reza la Segunda Partida de Alfonso X, «esfuërço e maestria e seso son tres cosas que conviene en todas guysas que ayan» los *cabdiellos*, o lo que es lo mismo, quienes guían, mandan y rigen, define Autoridades. Carmen Saralegui, que ha regido durante varios años la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Navarra y ha guiado por el quehacer filológico a muchas generaciones, sin duda ha demostrado ser poseedora de estas cualidades –y de muchas otras– en las vertientes humana y profesional de su vida académica.

Fiel retrato suyo resulta la glosa que el rey Sabio aduce a estas virtudes, pues se demuestra que el *esfuërço* le ha permitido acometer empresas, la *sabiduría* la ha hecho *maestra*, y es el *seso* el que la ha llevado a obrar bien «en el tiempo et en el logar que conveniere». Los *cabdiellos* –se apostilla más adelante– «a meester que sean» *sabidores* y *maestros*, «non tan solamente en sofrir los trabajos e los peligros que [...] vienen, mas aun que sepan mostrar a los otros omnes commo lo an de fazer», de donde «los antiguos tanto tovieron por bien que los omnes fuesen acabdillados, que non tan sola mente les semejo que lo devien seer por palabras que el cabdillo dixiese, mas aun por sennales que les fiziese». Nace, pues, nuestra gratitud *por seso e por maestria* en *palabras y sennales*, y por ello sabrá disculpar el lector la extensión de la cita, justificada, creemos, por el tino con que refleja la condición de aquella a quien van dirigidas estas líneas.

Nos corresponde ahora a nosotras seguir igualmente los mandados del rey Sabio, que pide «onrrar, e guardar los maestros de los grandes saberes, ca por ellos se fazen muchos omnes buenos, por cuyo consejo se mantienen e se ende-

rescan muchas vegadas los reynos e los grandes señorios». Sabemos, porque de este modo lo hemos vivido en nuestro papel de discípulas, primero, y colegas más tarde, que esta, la de hacer *omnes buenos*, ha constituido para ella la finalidad primera de su tarea universitaria. Ha habido *señales* que lo han mostrado y no han faltado tampoco *palabras*, como las que tuvo oportunidad de dedicar a sus alumnos en cada una de las numerosísimas ocasiones en que estos solicitaron su presencia y su discurso en fechas señaladas para ellos. De una de estas intervenciones hemos recogido unas líneas acerca de la enseñanza universitaria, que «debe servir para que el entendimiento y la voluntad de quienes aprenden se forjen y consoliden a través de los años, de tal modo que se incorporen a la sociedad no solo una serie de licenciados universitarios sino además, y sobre todo, unos cuantos cientos de personas cabales que, habiendo potenciado al máximo su capacidad intelectual, sean también capaces de discernir entre lo principal y lo secundario, entre la mentira y la verdad, entre lo bueno y lo malo».

Este también es el empeño común de quienes participamos en este homenaje a la maestra y compañera y aun discípula; de ella hemos tenido la inmensa fortuna de disfrutar y aprender tanto por señales como por palabras. Ojalá, en justa correspondencia, hayamos conseguido *onrrar e guardar* a quien ha contribuido a hacer de nosotros *omnes buenos*.

Concha Martínez Pasamar
Cristina Taberero